

RECUERDOS DE VIAJE

**Joaquina Rodríguez
Plaza**

EN Madrid casi no hay madrileños durante el verano. Lo compruebo una tarde de paseo por La Castellana, cuando quiero averiguar qué es ese edificio de enfrente o quién era este señor cuyo nombre aparece en la placa de una calle perpendicular. He preguntado a un hombre viejo que se justifica diciendo ser de Zamora; a un matrimonio que, además de ser gallego, fue muy simpático y me contó muchas cosas de Galicia; pero del edificio de enfrente nadie pudo darme información.

Sé que camino en dirección opuesta al Palacio de Oriente, pero me acude la duda de si ese palacio está situado, en realidad, al oriente de Madrid. Así que me decido por iniciar otra inquisitoria porque en esta tarde espléndida no deseo empollar soledades. ¡La gente es tan agradable!

Emprendo mi encuesta con un par de hombres jóvenes muy bien vestidos. Además, uno de ellos porta luenga barba y eso es signo de sabiduría.

-Perdone usted, ¿me podría decir dónde está el poniente?

-¿Dónde cree usted que está?

El que me revierta la pregunta me da esperanzas de que al fin haya encontrado a un madrileño.

-Pues yo no sé si aquello es el reflejo del sol o las luces ya encendidas de la torre de Comunicaciones -le confieso yo.

Mi duda le hace sentir cómodo, se pone una sonrisita de suficiencia y, ya segurísimo de sí mismo, afirma contundente:

-No, es el sol. Así que el poniente está allá -y me señala para donde sé que está la Plaza de Oriente.

-Entonces -añado- la Plaza de Oriente no está en el oriente sino en el poniente, ¿no es así?

-Pues está donde usted quiera que esté.

-Muchas gracias. Es usted muy amable.

Unos metros más adelante detengo a un matrimonio adulto. El porta además de grises barbas, unos periódicos y revistas bajo el brazo.

-¿El poniente? Si usted me dice dónde está la parte de atrás del árbol...

Me río.

-Tiene usted razón, pero yo pregunto en relación al mapa de Madrid; a las convenciones adoptadas por quienes elaboran planos, mapas y todo eso.

-No, mire usted: la parte de atrás de un árbol es donde van a orinar los hombres. ¿No ha oído decir "voy a orinar detrás de aquel árbol"?

Después de contar su gracia y salir airoso, me doy cuenta de que al madrileño lo que más le importa es salir airoso. Pero aún tiene el detallazo de ponerse a pensar y añadir:

-Mire usted, todo depende, porque desde donde estoy *yo*, *yo* me encuentro al Poniente; pero si *me pongo* de este otro lado *estoy* al oriente de usted.

Me simpatiza este hombre que tiene la seguridad de saber dónde se encuentra, aunque la mirada de su mujer me avisa que debo despedirme y dejar de inquirir sobre asuntos abstractos y metafísicos.

LA LUNA DE NEPTUNO

En la noche madrileña subo la cuesta que va hacia el hotel Palace -mi hostel

queda justo enfrente. Antes de cruzar la avenida vuelvo la cabeza para mirar de nuevo la fuente de Neptuno. ¡Oh, maravilla de maravillas! El dios del elemento líquido pincha la luna llena con su tridente. El espectáculo es único, hermoso. Qué suerte he tenido de pasar por aquí justo en este momento cuando la fulgurante Selene se ha posado, conforme y equitativa, en la mitad de un cielo azul cobalto. Sería un crimen meterse al hostel; así que subo hasta el parquecito que limita la avenida para contemplar desde uno de sus bancos el espléndido regalo de la naturaleza.

Mi exaltación aumenta conforme voy sintiéndome navegante que descubre nuevas aguas. La veneración hacia el dios merece una fiesta. Al fin me decido a proponerla a los jóvenes del banco vecino:

-Bonita luna, ¿verdad? -inicio discretamente.

No responden. Siento que mi nave ha encallado en piedra. Insisto en obtener colaboración para el festejo:

-¿No hablan español?

-Sí.

-¿Les gusta la luna?

-Sí.

-¿No les parece que está preciosa?

Uno de los jóvenes sonríe al fin, mientras otros dos se tapan la boca con sendos botes de cerveza. Me veo obligada a celebrar los *ludi neptumalici* yo sola.

RECUERDOS DE VIAJE

En España están muy de moda los concursos de video. Lo supe en Cuenca una noche de noviembre cuando el frío invitaba a quedarse en el hotel. Los neófitos del video -así acentúan los españoles la palabra- habían filmado escenas chuscas de las

que me reí con ganas. Pero mi sonrisa se trastocó en estupor con el cambio violento de las imágenes que aparecían en la pantalla: un niño como de dos o tres años caminaba bamboleándose en un parque soleado. De súbito descubre su sombra -que no toma por suya sino por negrura persecutoria- y debuta en el espanto. La criatura emite al principio una queja aún tímida, pero el gimoteo cambia a llantina franca cuando su cuerpecito intenta escapar del inseparable fantasma umbrío. Da pasitos vacilantes -que quisieran ser carrera- hacia un lado y hacia otro; pero el espectro no se asusta de los gritos de terror que a mí, en cambio, me van poniendo los pelos de punta. Quisiera matar a la madre que, en lugar de tomar en brazos a su empavorecido hijo, continúa filmándolo con la feroz esperanza de ganar unas pesetas en el concurso. ¿Es posible que no se dé cuenta de que quizá deberá gastar después muchas más en el psicoanalista que atenderá a su hijo esquizofrénico?

Mientras me hago estas reflexiones y escucho las risotadas y los aplausos viajo hacia mi propia infancia. Veo a una niña caminando por el paseo de La Castellana. La abuela se ha quedado bastante rezagada pues sus pasos son irreconciliables con mis carreritas y desvíos hacia los prados laterales. Debe ser por la tarde porque mi sombra me queda justo enfrente. Juego gozosa con esa persona a pisarle los pies, a mover como ella los brazos, piernas, cabeza, manos: es tan mi amiga que deseo coincidir con ella en todo, caber en ella. Me tiro al suelo para abarcarla y veo que existe un concordato perfecto entre ambas. No hago caso de las voces de la abuela cominándome a que me levante: "Te vas a manchar, te vas a llenar de polvo", me advierte. Pero no me importa. La satisfacción de haber descubierto la compatibilidad con mi sombra es mucho más poderosa y fuerte que el regaño futuro. He logrado que mi sombría proyección se pegue totalmente a mí.

